

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Wieviorka, Annette: 1945. *Cómo el mundo descubrió el horror*, Barcelona, Taurus, 2016.**

**Catalina Morresi**

*Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires*  
*catalinamorresi@gmail.com*

*Fecha de recepción: 08/06/2016*  
*Fecha de aprobación: 12/06/2016*

**L**a primavera europea de 1945 es recordada por el derrumbe del Tercer Reich. En medio del furor de los últimos combates se produjo el momento en que *el mundo descubrió el horror* de los crímenes perpetrados por el nacionalsocialismo. A setenta años de los acontecimientos, la reconocida historiadora Annette Wieviorka, especialista en la memoria del Holocausto<sup>1</sup>, nos invita a seguir el periplo de dos corresponsales de guerra que, acompañando el avance de las tropas del ejército norteamericano, estuvieron entre los primeros testigos que penetraron en los campos de concentración. *1945. La découverte*<sup>2</sup> nos transporta a esos meses cruciales en el frente occidental, expone el impacto emocional que implicó el “descubrimiento” y el desafío mediático que supuso dar a conocerlo.

---

1 Directora de investigación emérita en el Centre National de la Recherche Scientifique, es una especialista de prestigio mundial en la memoria del Holocausto. Su libro *Auschwitz explicado a mi hija*, Barcelona, Debolsillo, 2001, es un *best-seller* internacional. Otro de sus libros más destacados es *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998, disponible en inglés como *The Era of the Witness*, Ithaca, Cornell University Press, 2006, que lamentablemente no ha sido traducido al castellano.

2 Título original en francés, publicado en 2015 por Éditions du Seuil.

Meyer Levin, escritor y periodista estadounidense, corresponsal de dos agencias judías<sup>3</sup>, y Éric Schwab, fotógrafo francés de la agencia France Presse, protagonizan esta crónica. Sus coberturas trascendieron lo periodístico y documental: en tanto judíos se involucraron emocionalmente. Ambos realizaban una búsqueda personal: Levin rastrea los restos de la comunidad judía europea y Schwab buscaba a su madre, judía alemana, que había sido deportada. Tal vez ello explique en parte la elección de Wieviorka de narrar los sucesos que marcaron “el descubrimiento” de la primavera de 1945 a través de la óptica de tales personas.

La autora se dispuso a reconstruir el acontecimiento tomando como guía la experiencia de estos dos testigos. Propone el desafío de sumergirnos en la atmósfera del momento, concebir qué experimentaron las personas que se encontraron con estas imágenes del horror y cómo se vieron afectados particularmente los protagonistas de su relato. Para ello contó con una vasta cantidad de documentación: principalmente las producciones de ellos mismos, los reportes periodísticos de Meyer Levin, sus escritos posteriores publicados<sup>4</sup> e inéditos, y las fotografías de Éric Schwab; así como también correspondencia y archivos personales de ambos, testimonios, prensa, documentación de los campos, entre otras fuentes. Los materiales utilizados se encuentran especificados al final de la obra. El libro cuenta, además, con una selección de emblemáticas fotografías de Éric Schwab, acompañadas de epígrafes explicativos muy completos.

El título que dio Wieviorka a su libro está cargado de significado. La traducción en español es más específica, el libro se ocupa de *Cómo el mundo descubrió el horror*. La versión original en francés es, como se mencionó al inicio, *La découverte*, es decir “el descubrimiento”, concepto que implica hallazgo, encuentro con algo desconocido. El término elegido se explica, en parte, porque si bien se sabía de la existencia de los campos, no se conocía la dimensión del sistema concentracionario. Pero sobre todo, la historiadora apunta a la polémica respecto de la “no liberación” de los mismos. La liberación de los campos no fue un objetivo de guerra de los Aliados: en la mayoría de los casos no fue necesario recurrir a las armas, éstos fueron encontrados durante el trayecto del avance de las tropas. Asimismo, descubrir implicó, cómo ya se mencionó, dar a conocer. Y para los

---

3 La Jewish Telegraphic Agency y la Overseas News Agency.

4 Principalmente se basó en el libro en el que el periodista relató su “búsqueda”: Levin, Meyer: *In Search*, Londres, Constellation Books, 1951, y en el libro del hijo, Levin, Mikael: *War Story*, Múnich, Gina Kehayoff Verlag, 1997.

primeros testigos, como lo fueron los protagonistas de este libro, descubrir significó ver con sus propios ojos, oír a las víctimas y oler, “ese olor que todos los liberadores de los campos mencionan y que dicen que jamás han podido olvidar” (p. 52).

La crónica está organizada cronológicamente siguiendo el recorrido del *jeep* de los corresponsales hacia “el corazón maléfico” del Tercer Reich, entre los primeros días de abril y finales de mayo de 1945 (p. 10). Los protagonistas nos transportan desde París a Ohrdruf, el primer campo descubierto por los norteamericanos, donde se toparon por primera vez con el horror y el espectáculo de los “cadáveres vivientes” (p. 49). Continúan el recorrido por Buchenwald, Leipzig, Dachau; presencian la liberación del castillo de Itter, finalizando el trayecto en Terezin.

Aunque en la actualidad Auschwitz constituya el símbolo del horror nazi, como explica la especialista en la memoria del Holocausto, en aquella primavera de 1945 fueron Ohrdruf, Buchenwald y Dachau los que abrieron los ojos al mundo y acapararon la atención de los medios. Los sobrevivientes moribundos, los enfermos y las montañas de cadáveres fueron ampliamente fotografiados y filmados, las imágenes se difundieron para dar a conocer al mundo los horrores del nacionalsocialismo, antes de integrarse en numerosos documentales. Resulta interesante el caso de Buchenwald respecto del cual la autora describe la organización de los internos, las jerarquías y los contrastes entre las condiciones de vida; señala que no hubo espontaneidad en la forma en que los presos políticos dieron a conocer el campo, que por más de veinte años sería en Francia el emblema de la deportación. Las fotografías de Schwab que fueron seleccionadas para ser publicadas son un claro ejemplo de ello: las que retrataban prisioneros en condiciones saludables, alimentados y bien vestidos, fueron descartadas ya que no se correspondían con la imagen de sufrimiento que se pretendía difundir y perturbaban porque evidenciaban contrastes entre los internados. Igual destino sufrieron las imágenes de los funcionarios franceses liberados en el castillo de Itter, quienes claramente se encontraron en condiciones muy diversas que las de sus connacionales judíos. En este sentido, Wieviorka reconstruye la cobertura mediática en los primeros campos, la “puesta en escena” para la prensa, las construcciones de los relatos de los testigos, la visita de autoridades, así como también la obligación impuesta a la población local de observar el hallazgo y asumir responsabilidad debiendo manipular los cuerpos. “Una forma de turismo del horror” (p. 93) que será reiterada en cada campo hallado por las tropas aliadas.

Los Aliados supieron hacer un uso propagandístico del “descubrimiento”: internamente con sus ciudadanos para hacer valer el esfuerzo de guerra, y ante el mundo otorgándole una justificación moral a la victoria del bando del “bien” sobre el “mal absoluto”. Como señala la especialista, la campaña mediática resultó contraproducente para la memoria del acontecimiento al contribuir a la creación de una imagen simplificada y unificadora de los campos de concentración. Difuminó las diferencias y la complejidad del sistema concentracionario, empañando la especificidad del juicio. Como se sabe, todos los campos no fueron iguales, cada uno tuvo su propia lógica. Tampoco la estadía de los presos tuvo la misma intensidad, ni perseguía los mismos fines. Pero la visión simplificada permaneció arraigada en el sentido común y, aunque en menor medida, aún persiste, al igual que la mirada occidentalista de los estadounidenses como los grandes “liberadores” de los judíos, promovida por la cobertura mediática de aquellos meses y secundada años más tarde por la filmografía hollywoodense.

Con sutileza, Wieviorka recrea la atmósfera de la época, el choque emocional que implicó vivir el horror, la incompreensión ligada al escaso conocimiento con el que se contaba en el momento y la lenta toma de conciencia de la dimensión de los crímenes nazis. La autora es crítica con los Aliados, sus organizaciones humanitarias y gubernamentales, por la falta de previsión con respecto a la liberación de los deportados. Ninguno proyectó la asignación de equipos especiales que se encargaran de liberar los campos y, en consecuencia, la conmoción se reiteró en cada liberación. Significativas resultan las palabras con las que comienza el libro, tomadas de las memorias de Meyer Levin: “Lo sabíamos. El mundo había oído hablar de ello. Pero hasta ahora ninguno de nosotros lo había visto. Fue como si al fin penetráramos en el lado oscuro del corazón, en el más despreciable interior del corazón maléfico” (p. 9).

Tras abandonar Theresienstadt y presenciar el éxodo de población que inundaba las carreteras para evitar quedar bajo dominio soviético, los compañeros de ruta se separaron. A partir de allí, Wieviorka continúa el relato con Meyer Levin y dedica las últimas páginas al “después”. Se ocupa de los desplazados y las repatriaciones, una cuestión que preocupaba al periodista. Después del impacto inicial, como explica la autora, hubo un olvido relativo: era el momento de celebrar a los combatientes y los relatos de las víctimas sobrevivientes no tenían lugar. Pero Meyer Levin no

olvidaba pues Ohrdruf había marcado su vida para siempre y ya nunca dejó de meditar sobre el Mal. Wieviorka lo ubica entre los primeros en haber tomado conciencia de la magnitud de la destrucción de los judíos europeos y contribuir con sus escritos para dar a conocer la especificidad de sus destinos durante la Segunda Guerra Mundial. Una misión comprometida que, tras su intervención en el *Diario* de Ana Frank<sup>5</sup>, se convirtió en una obsesión que lo llevó al borde de la locura<sup>6</sup>.

El recorte que efectúa Wieviorka es bien claro. Geográficamente, el “descubrimiento” se circunscribe a los campos del frente occidental que han sido liberados por tropas estadounidenses. Las principales víctimas en su relato son judías, aunque también destina parte de su análisis a presos políticos, y mayoritariamente de nacionalidad francesa, o refugiados que fueron deportados desde Francia. Escribe para un público específico: judío, francés, y para la comunidad judía norteamericana. Al enfocarse principalmente en las víctimas francesas, liberadas por los estadounidenses, de alguna manera la autora cae en la imagen simplificada que tanto busca superar, en la que se pierde la dimensión geográfica del universo concentracionario, la variedad de víctimas y las distintas nacionalidades de las mismas. El recorte es sumamente válido pero es preciso tener en cuenta que es acotado: una mirada concreta que abarca una parte de lo que ocurrió en Europa durante esos meses. Por otra parte, cabe señalar que la crónica está condicionada por el prisma del judaísmo de la autora: así como en sus escritos Meyer Levin oscilaba entre su identidad judía y la estadounidense, Wieviorka lo hace entre las suyas, en tanto judía y francesa.

1945 es un libro interesante que logra componer notablemente la atmósfera de la época. Da cuenta del encuentro con el horror, con la sensibilidad y empatía que el tema requiere, sin caer en la morbosidad. Es un libro accesible y fácil de leer, particularmente para lectores familiarizados con la temática, ya que algunas cuestiones son mencionadas superficialmente y dadas por sobren-

---

5 Meyer Levin contribuyó al éxito del libro en Estados Unidos. Con la aprobación inicial de Otto Frank, escribió una adaptación teatral del *Diario*, que debía ser prelude de una película, pero finalmente fue rechazada en favor de la versión de Frances Goodrich y Albert Hackett que obtuvo la exclusiva. En la adaptación “autorizada” Ana se había convertido en una figura universal, símbolo contra la lucha de los sufrimientos del mundo, y había perdido su identidad judía, algo que indignó a Levin. Su disconformidad provocó un conflicto y demanda por plagio contra Otto Frank y los productores de Broadway (pp. 185-190).

6 Al respecto, Wieviorka se basó en las memorias escritas por la mujer de Meyer Levin: Torrès, Tereska: *Les Maisons hantées de Meyer Levin*, París, Denoël, 1991.

tendidas. La propuesta no se agota en la historia de la liberación de los campos de concentración en Europa Occidental, se ocupa además de la construcción de la memoria de los mismos. Annette Wieviorka eligió una manera original de contar *Cómo el mundo descubrió el horror*, a través de dos testigos directos: tomó las palabras del escritor Meyer Levin y la mirada del fotógrafo Éric Schwab. Por ello el libro es también una biografía de estos hombres que han quedado olvidados y a los cuales la autora rinde un merecido homenaje.